

Aquella voz hacía el efecto de un concierto. El alma, el movimiento y la vida se habían concentrado en la mirada y en la voz; pues Vanda, gracias al estudio y á los esfuerzos que había hecho, había logrado vencer las dificultades que provenían de la pérdida de los dientes.

—En medio de la espantosa desgracia que me agobia, aún soy feliz, caballero, porque, al menos, la fortuna es un gran auxilio para poder soportar los sufrimientos. Si hubiésemos estado en la indigencia, hace ya muchos años que estaría muerta; pero vivo y tengo goces que son tanto más vivos por cuanto que son perpetuas conquistas hechas á la muerte... Me dirá usted que soy una charlatana, replicó sonriendo.

—No, señora, dijo Godofredo. Mi gusto sería oírla hablar siempre, pues no he oído voz comparable á la de usted... es una música: Rubini no resulta tan encantador.

—No hable usted de Rubini ni de los Italianos, dijo el anciano con tristeza. A pesar de nuestra riqueza, me ha sido imposible dar á mi hija, que es una gran música, ese placer que tanto apetece.

—Dispéñeme usted, dijo Godofredo.

—Ya se irá usted acostumbrando á nuestras cosas, dijo el anciano.

—He aquí el procedimiento, dijo la enferma sonriendo. Cuando le haya dado á usted el alto varias veces, llegará usted á comprender el intríngulis de nuestras conversaciones.

Godofredo cambió una rápida mirada con el señor Bernard, el cual, al ver que las lágrimas asomaban á los ojos de aquel, se puso un dedo sobre los labios para recomendarle que conservase el heroísmo que él y su nieto venían teniendo hacía ya siete años.

Aquella sublime y perpetua postura, que acusaba la completa ilusión de la enferma, producía en aquel momento en Godofredo el mismo efecto que el que le hubiera producido la contemplación de un precipicio,

al que dos cazadores de gamuzas bajasen con facilidad. La magnífica tabaquera de oro tapizada de diamantes con que jugaba distraídamente el anciano á los pies del lecho de su hija, era el rasgo de genio que en la obra de un hombre superior arranca el grito de admiración. Godofredo miraba aquella tabaquera, preguntándose por qué no había sido vendida ó empeñada, pero se guardó bien de hablar de ello.

—Don Godofredo, esta tarde recibió tal impresión mi hija cuando oyó el anuncio de su vista, que todos los extravagantes fenómenos de su enfermedad, que nos tenían desesperados hace quince días, han desaparecido por completo. Juzgue usted, pues, si le estaré agradecido.

—¿Y yo? exclamó la enferma con voz zalamera é inclinando la cabeza con un movimiento lleno de coquetería. El señor es para mí el diputado del mundo. Desde la edad de veinte años, que no sé lo que es un salón, una velada, ni un baile... Y le advierto á usted que me gusta mucho bailar, y que me vuelvo loca por el teatro, sobre todo por la música. Pero lo adivino todo y me traslado á todas partes con el pensamiento. Leo mucho, y además, mi padre me cuenta las cosas del mundo...

Al oír estas palabras, Godofredo hizo un movimiento como para hincarse de rodillas ante aquel pobre anciano.

—Sí, cuando va á los Italianos, y lo hace con frecuencia, me describe los trajes y tocados de las damas y los efectos del canto. ¡Ah! quisiera casarme, en primer lugar por mi padre, que vive únicamente para mí, del mismo modo que yo vivo por él y para él, y después, por mi hijo, que quisiera que tuviese otra madre distinta de la que tiene. ¡Ah! ¡señor, qué seres más perfectos son mi anciano padre... y mi excelente hijo!... Pero también quisiera gozar de salud para oír á Lablache, á Rubini, á Tamburini, á la Grisi y Puritane... Pero...

—Vamos, hija mía, calma. ¡Si hablamos de música, estamos perdidos! dijo el anciano sonriéndose.

Aquella sonrisa, que rejuvenecía su rostro, engañaba siempre á la enferma.

—Mira, seré muy juiciosa, dijo Vanda con aire testarudo, pero dame el acordeón.

Por esta época se había inventado ese instrumento portátil que podía en rigor colocarse al lado de la cama de la enferma, y que, para dar los sonidos del órgano, no exigía más que la presión del pie. Este instrumento equivalía á un piano, pero costaba entonces trescientos francos. La enferma, que leía los periódicos y las revistas, conocía la existencia de ese instrumento y hacía ya dos meses que deseaba uno.

—Sí, señora, tendrá usted uno, repuso Godofredo obedeciendo á una mirada que le dirigió el anciano. Un amigo mío, que parte para Argel, tiene uno magnífico y yo se lo pediré prestado; porque, antes de comprarle uno, es preciso que ensaye usted éste. Es posible que sus potentes y vibrantes sonidos no le convengan.

—¿Podré tenerlo mañana? dijo con la vivacidad de una criolla.

—Mañana, repuso el señor Bernard, es demasiado pronto, y además es domingo.

—¡Ah! exclamó la enferma mirando á Godofredo, que creía ver revolotear un alma al observar la ubicuidad de las miradas de Vanda.

Hasta entonces, Godofredo había ignorado el poder de los ojos y de la voz cuando éstos pasan á ser todo el poder de la vida. La mirada ya no era mirada, sino una llama, ó, mejor dicho, un reflejo divino, un rayo comunicativo de vida y de inteligencia, ¡el pensamiento visible! Aquella voz de mil entonaciones diferentes reemplazaba los movimientos, los gestos y las posturas de la cabeza. Las variaciones de su tez, que cambiaba de color como el fabuloso camaleón, hacían que la ilusión fuese completa. Aquella cabeza enfer-

miza, sepultada en aquella almohada de batista adornada de encajes, era toda una persona.

Godofredo no había contemplado en su vida un espectáculo tan grande, y apenas si podía soportar sus emociones. ¡Otra cosa sublime! pues todo era extraño en aquella situación, llena de poesía y de horror: el alma era lo único que vivía en los espectadores. Aquella atmósfera, llena únicamente de sentimientos, ejercía una influencia celestial. Lo mismo que la enferma, los allí presentes creían no tener cuerpo, todo era allí espíritu. A fuerza de contemplar aquellos raquíticos restos de una mujer bonita, Godofredo olvidaba los mil detalles elegantes de aquel cuarto y se creía en pleno cielo. Sólo al cabo de media hora echó de ver un aparador lleno de curiosidades, colocado debajo de un magnífico retrato que la enferma le rogó que fuese á ver, porque era de Gericault.

—Gericault, dijo la enferma, era de Rouen, y como su familia debiese algunos favores á mi padre, él nos regaló esa obra maestra, donde puede usted verme cuando tenía dieciséis años.

—Tiene usted aquí un hermoso cuadro, que es completamente desconocido para los que se ocupan de las raras obras de este genio, dijo Godofredo.

—Para mí es únicamente un objeto que le tengo cariño, y que, por la tanto, tiene gran importancia, porque yo sólo vivo con el corazón, y mi vida no puede ser mejor, añadió mirando á su padre y enviándole toda su alma en aquella mirada. ¡Ah! caballero, ¡si supiese usted lo que es mi padre! ¡Quién hubiera creído nunca que ese grande y severo magistrado, á quien el Emperador debió tantos favores que le regaló esa tabaquera, y á quien Carlos X creyó recompensar dándole esa bandeja que ve usted allí, dijo señalando la consola, que era firme y poderoso sostén de las leyes, que ese sabio publicista reuniera en su corazón de roca las delicadezas del corazón de

una madre!... ¡Oh! ¡papá! papá! ¡abrázame! ¡ven!... ¡dime si me quieres!

El anciano se levantó, se inclinó sobre el lecho y dió un beso en la blanca, despejada y poética frente de su hija, cuyos enfermizos furros no se parecían siempre á aquella tempestad de cariño.

El anciano se paseó por el cuarto; llevaba en los pies unas zapatillas bordadas por su hija y no hacía ruido alguno.

—Y ¿á qué se dedica usted? preguntó Vanda á Godofredo después de una pausa.

—Señora, estoy empleado por personas piadosas para socorrer á los desgraciados.

—¡Ah! ¡hermosa misión, caballero! dijo la enferma. ¿Querrá usted creer que más de una vez me vino á la mente la idea de dedicarme á esa misma ocupación? ¡Pero qué ideas no habré tenido yo! repuso haciendo un movimiento de cabeza. El dolor es una linterna que nos alumbrá en la vida... ¡Si yo recobrase la salud!...

—Te divertirías, hija mía, dijo el anciano.

—Seguramente que desearía divertirme, respondió ella, pero ¿podría hacerlo? Espero que mi hijo será un magistrado digno de sus dos abuelos, y tendrá que separarse de mí. Y entonces, ¿qué hacer?... Si Dios me devuelve la vida, se la consagraré. ¡Oh! ¡después de haberos dado y concedido todo lo que me pidáis! exclamó mirando á su padre y á su hijo. Padre mío, hay momentos en que las ideas del señor Maistre me acuden á la mente y creo que expío alguna cosa.

—Ahí ves lo que tiene leer tanto, exclamó el anciano muy apenado.

—¡Aquel valiente general polaco, mi bisabuelo, figuró, aunque inocentemente, en el reparto de Polonia!

—¡Vamos! ¡vuelta con Polonia! repuso el señor Bernard.

—¡Qué quieres, papá! mis sufrimientos son infernales, dan horror de la vida y hacen que esté disgustada de mí misma. Ahora bien; ¿en qué los he merecido yo? Semejantes enfermedades no son un simple transtorno de la salud, sino desarreglos completos del organismo, y...

—Canta el aire nacional que cantaba tu pobre madre, y darás gusto á este caballero, á quien he hablado de tu voz, dijo el anciano, que quería indudablemente distraer á su hija de las ideas que se apoderaban de ella.

Vanda se puso á cantar en tono bajo y melodioso una canción en idioma polaco, que hizo permanecer á Godofredo extático de admiración y de tristeza. Aquella melodía, bastante semejante á los arrebatadores y melancólicos aires de Bretaña, es una de esas poesías que vibran mucho tiempo en el corazón después de haberlas oído. Mientras escuchaba á Vanda, Godofredo la miraba, pero no pudo sostener las miradas extáticas de aquel resto de mujer, casi loca, y fijó su vista en unas bellotas que pendían á ambos lados del cielo del lecho.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Vanda riéndose al ver la atención con que miraba aquello Godofredo. ¿A que se está usted preguntando para qué sirve eso?

—Vanda, dijo el padre, vamos, cálmate, hija mía, mira, aquí tienes el te. Eso, señor mío, es una máquina muy costosa, dijo el anciano á Godofredo. Mi hija no puede levantarse, ni puede tampoco permanecer en el lecho si no le hacen la cama y no le cambian las sábanas. Esos cordones corresponden á unas poleas, y, poniendo debajo de ella una gran piel cuadrada sostenida por las cuatro esquinas, podemos levantarla sin cansancio para ella ni para nosotros.

—Sí, me levantan, repitió locamente Vanda.

Afortunadamente, se presentó Augusto llevando una tetera, que colocó sobre una mesita, así como también la bandeja, llenándola de pasteles y de sand-

wichs. Después llevó la crema y la manteca. La vista de todo aquello cambió por completo las disposiciones de la enferma, que parecía que iba á empezar á ser presa de una crisis.

—Mira, Vanda, aquí tienes la nueva novela de Nathan. Si te despiertas esta noche, ya tendrás qué leer.

—*La perla de Dol.* ¡Ah! esto debe ser una historia de amor. Dime, Augusto, ¿ya sabes que me van á traer el acordeón?

Augusto levantó la cabeza bruscamente y miró á su abuelo con aire singular.

—Vea usted cómo me ama, repuso Vanda. Ven á darme un beso, mono mío. No, no es á tu abuelo á quien tienes que dar las gracias, sino á este señor, que ha quedado en traerme uno prestado mañana por la mañana. ¿Cómo es ese acordeón, señor?

A una seña del anciano, Godofredo explicó detalladamente la forma y mecanismo del acordeón, al mismo tiempo que saboreaba el te hecho por Augusto, que, como era de excelente calidad, estaba exquisito.

A eso de las diez y media, el iniciado se retiró, cansado del espectáculo de aquella lucha insensata del abuelo y del hijo, y admirando su heroísmo y su paciencia para desempeñar todos los días un doble papel.

—Vamos, ¿comprende usted ahora la vida que yo hago? le dijo el señor Bernard, que le había acompañado hasta su habitación. A todas horas, las emociones del ladrón atento á todo. ¡Una palabra, un gesto, mataría á mi hija! Una chuchería de menos de las que acostumbra á ver que le traemos siempre, revelaría todo á ese espíritu que ve á través de las paredes.

—Caballero, respondió Godofredo, el lunes, Halpersohn, que ya está aquí, pronunciará su fallo sobre su hija de usted. Mucho dudo que la ciencia pueda restablecer ese cuerpo...

—¡Oh! tampoco cuento con ello, repuso el antiguo magistrado; pero, al menos, que le hagan la vida so-

portable... Contaba con su inteligencia, y le doy las gracias por su actitud... ¡Ah! ¡ya empieza el acceso! ¡me parece que ha gastado sus fuerzas con la visita! exclamó al oír un grito á través de las paredes.

Y estrechando la mano á Godofredo, el anciano corrió á su habitación.

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, Godofredo llamaba á la puerta del célebre médico polaco y fué acompañado por un ayuda de cámara al primer piso de aquella casa, que había podido examinar durante el tiempo que el portero invirtió en buscar y avisar al criado.

Afortunadamente, la exactitud de Godofredo, como se había figurado, le salvó del fastidio de esperar. Indudablemente era el primero que llegaba. De una antesala muy sencilla pasó á un gran despacho, donde vió á un anciano en bata de casa, que fumaba en una gran pipa. La bata de alepín negro que se había puesto reluciente, databa lo menos de la época de la emigración polaca.

—¿En qué puedo servirle á usted? le dijo el médico judío, porque veo que no hace usted cara de enfermo.

Y fijó en Godofredo una mirada que tenía la expresión curiosa é irritante de los ojos del judío polaco, de esos ojos que parecen tener oídos.

Con gran asombro de Godofredo, Halpersohn era un hombre de cincuenta y seis años, de piernecitas turcas y cuyo busto era ancho y robusto. Había en aquel hombre un no sé qué de oriental, y su cara debía haber sido hermosa cuando joven; quedaba únicamente de ella una nariz hebraica, blanca y encorvada como un sable de Damasco. La frente, verdaderamente polaca, ancha y despejada, pero arrugada como un papel que ha sido apelonado, recordaba la del San José de los antiguos maestros italianos. Los ojos, de un color verde marino, y montados como los de los loros en unas membranas grisáceas

y fruncidas, expresaban la astucia y la avaricia llegadas á su más alto grado. Finalmente, la boca, hendida, como si fuese una herida, añadía á aquella siniestra figura la mordacidad de la desconfianza.

Aquella cara pálida y huesosa, pues Halpersohn era extraordinariamente delgado, y rematada por cabellos grises mal peinados, tenía por adorno una larga barba muy espesa, negra y blanca, que escondía la mitad de la cara, de modo que solo se le veían la frente, los ojos, la nariz, los pómulos y la boca.

Este amigo del revolucionario Lelewel llevaba un casquete de terciopelo negro que, comprimiendo fuertemente la frente, hacía resaltar el color rubio de ésta, digno de los pinceles de Rembrandt.

La pregunta que hizo este médico, que llegó á ser célebre tanto por su talento como por su avaricia, causó alguna sorpresa á Godofredo, que se dijo para sus adentros:

—¿Me habrá tomado por un ladrón?

La causa de esta pregunta se veía sobre la mesa y sobre la chimenea del doctor. Godofredo creía haber llegado el primero, y llegaba el último. Los consultantes habían depositado en la chimenea y en el extremo de la mesa el importe de sus consultas, y Godofredo vió allí pilas de monedas de veinte francos, de cuarenta y dos billetes de mil francos. ¿Era aquello el producto de una mañana? Lo dudó mucho y creyó más bien que aquello sería una sabia invención. Acaso el avaro, pero infalible doctor, hacía aquello con objeto de hacer creer á sus clientes, escogidos siempre entre gente rica, que él no cobraba cantidades insignificantes.

Por lo demás, Moisés Halpersohn debía ser pagado esplendidamente, pues curaba precisamente las enfermedades incurables para las que la medicina no da esperanza alguna.

Ignórase en Europa que los esclavos poseen muchos secretos y que tienen una colección de remedios

soberanos, resultados de sus relaciones con los chinos, los cosacos, los persas, los turcos y los tártaros. Algunas aldeanas que pasan por hechiceras, curan radicalmente la rabia en Polonia con jugos de yerbas. Existe en este país un cuerpo de observaciones sin código sobre los efectos de ciertas plantas y algunas cortezas de árboles reducidas á polvo, que van transmitiéndose de familia en familia, y con las que se hacen curas milagrosas.

Halpersohn, que pasó durante cinco ó seis años por un mediquillo, á causa de sus polvos y de sus medicinas, poseía la ciencia innata de los grandes médicos. No sólo era sabio y había observado mucho, sino que además había recorrido Alemania, Rusia, Persia y Turquía, en donde había recogido muchas tradiciones; y como conocía la química, pasó á ser la biblioteca ambulante de aquellos secretos ésparcidos y poseídos por las mujeres de todos los países donde había estado, en compañía de su padre, que ejercía la profesión de comerciante ambulante.

No se vaya á creer que sea una ficción la escena del *Ricardo en Palestina*, en que Saladin cura al rey de Inglaterra. Halpersohn poseía una bolsa de seda que sumergía en el agua para colorearla ligeramente, curando esta bebida muchas fiebres pertinaces. La virtud de las plantas es infinita, y ella hace posibles las curaciones de las más horrorosas enfermedades. Sin embargo, él, lo mismo que sus colegas, quedaba admirado á veces ante cosas que le eran incomprensibles. Halpersohn era partidario de la homeopatía, más bien á causa de su terapéutica que por su sistema medical, y mantenía entonces correspondencia con Hedenius de Dresde, Celio de Hidelberg, y con los médicos alemanes más célebres, si bien teniendo siempre su mano cerrada, á pesar de que estaba llena de descubrimientos. No quería tener discípulos.

El marco estaba por lo demás en armonía con aquel retrato escapado de una tela de Rembrandt. El

despacho tenía las paredes cubiertas con papel imitando al terciopelo verde. La alfombra, verde también, estaba sumamente raída. Un gran sofá de cuero negro para los consultantes se veía ante la ventana, provista de visillos verdes. Un sillón de escritorio, de forma romana, de caoba y cubierto de marroquí verde, servía de asiento al doctor.

Entre la chimenea y la espaciosa mesa de escritorio, una caja común de hierro, colocada en el centro de una pared lateral, sostenía un reloj de granito de Viena, sobre el cual se veía un grupo de bronce, que representaba al Amor jugando con la Muerte, y que era regalo de un gran escultor alemán, á quien sin duda había curado Halpersohn. La chimenea tenía por todo adorno dos candelabros y enmedio de estos una gran copa.

A ambos lados del diván, sendas rinconeras de ébano servían para poner bandejas, donde Godofredo vió palanganas de plata, garrafas y unas servilletas.

Esta sencillez llamó mucho la atención de Godofredo, que con una ojeada pudo verlo todo y que recobró en seguida su sangre fría.

—Señor, yo me encuentro perfectamente y no vengo aquí por mí, sino por una mujer á la que hace ya tiempo que debía usted haber ido á visitar. Se trata de una señora que vive en el bulebard de Mont-Parnasse.

—¡Oh! sí, esa señora me ha mandado ya varias veces á su hijo. Pues bien, señor mío, que venga á la consulta.

—¡Que venga! repitió Godofredo indignado. Tenga usted en cuenta que no puede moverse de la cama, y que sería preciso traerla en una camilla.

—¡Cómo se conoce que no es usted médico, caballero! dijo el doctor judío haciendo una mueca que hizo parecer su rostro mucho más malvado aun de lo que era.

—Si el barón de Nucingen le mandase á usted á

decir que sufre y que desea que usted le visite, ¿le respondería usted: Que venga?

—No, iría, replicó friamente el judío soltando un salibazo en una escupidera de caoba holandesa llena de arena.

—Iría usted, repuso con amabilidad Godofredo, porque el barón de Nucingen tiene dos millones de renta:

—Lo demás me tiene sin cuidado, iría.

—Pues bien, espero que vendrá usted á ver á la señora de la calle de Mont-Parnasse por la misma razón. Sin tener la fortuna del barón de Nucingen, he venido aquí para decirle á usted que ponga precio á la cura, ó á sus visitas, si por desgracia ésta no pudiese llevarse á cabo. Estoy dispuesto á pagar por adelantado; aunque creo que usted, como emigrado polaco y como comunista, ha de hacer algún sacrificio por Polonia, pues esa señora es nieta del coronel Tarlowski, el amigo del príncipe Poniatowski.

—Señor mío, usted ha venido á pedirme que cure á esa mujer y no á darme consejos. En Polonia soy polaco y en París parisiense. Cada uno hace el bien á su modo, y créame usted que la avaricia que me atribuyen tiene su razón de ser. El tesoro que amontoño tiene un destino santo. Vendo la salud, los ricos pueden pagarla y yo se la hago pagar. Los pobres tienen sus médicos... Si yo no tuviese algún objeto, no ejercería la medicina. Vivo sobriamente y paso el tiempo trabajando; soy perezoso y era jugador... En fin, acabe usted, joven, pues no está usted en edad de poder juzgar á los ancianos.

Godofredo guardó silencio.

—Por lo que usted dice, se trata de la nieta de aquel imbécil que no tenía valor más que para batiarse y que entregó su país á Catalina II.

—Sí, señor.

—Esté usted en casa de la enferma el lunes á las tres, dijo dejando su pipa, sacando su agenda y tra-

zando en ella algunas palabras. Al llegar yo, me entregará usted doscientos francos..., y si prometo la curación, al fin de ella mil escudos... Me han dicho, repuso, que esa mujer está derretida como si hubiese caído al fuego.

—Dando fe á los médicos de París, se trata de una neurosis, cuyos desórdenes son tales, que nadie ha querido darles fe hasta después de haberlos visto.

—¡Ah! ahora me acuerdo de los detalles que el muchacho me dió... Hasta mañana, caballero.

Godofredo salió después de haber saludado á aquel hombre tan singular como extraordinario. Nada indicaba en él al médico, ni siquiera su despacho desnudo, en el que el único mueble que llamaba la atención era aquella formidable caja de Huret ó de Fichet.

Godofredo pudo llegar aún á tiempo al pasaje Vivienne para comprar, antes de que cerrasen la tienda, un magnífico acordeón, y ordenó que lo llevasen á la habitación del señor Bernard. Después se fué á la calle de Chanoinesse, pasando por el muelle de los Agustinos, donde esperaba encontrar aún abierto uno de los almacenes de comisionistas de libros, en el cual sostuvo una larga conversación acerca de libros de jurisprudencia con un joven dependiente.

Encontró á la señora de la Chanterie y á sus amigos de vuelta de misa mayor, y á la primera mirada que aquélla le dirigió, Godofredo respondió con un significativo movimiento de cabeza.

—¿No está aquí nuestro querido padre Alain? le preguntó.

—No, hoy no vendrá, respondió la señora de la Chanterie, y, por lo tanto, no lo verá usted hasta dentro de ocho días, á menos que no vaya usted al sitio que él le indicó como punto de cita.

—Señora, dijo en voz baja Godofredo, ya sabe usted que no me intimida como estos señores, y contaba hacerle una confesión.

—¿Y yo?

—¡Oh! á usted se lo diré todo, y de veras que tengo muchas cosas que contarle. Para empezar me he encontrado con uno de los infortunios más extraordinarios, con la salvaje unión de la miseria y del lujo, y figuras más sublimes de las que han inventado hasta ahora nuestros novelistas más célebres.

—La naturaleza, y sobre todo la naturaleza moral, está siempre por encima del arte, del mismo modo que Dios está siempre por encima de sus criaturas. Pero veamos, dijo la señora de la Chanterie. Venga usted á contarme su expedición por las tierras desconocidas adonde ha hecho usted su primer viaje.

Don Nicolás y don José, pues el abate Veze se había quedado algunos momentos en Notre-Dame, dejaron solos á la señora de la Chanterie y á Godofredo, el cual, bajo la influencia de las emociones que acababa de experimentar la víspera, lo contó todo con los más insignificantes detalles y con la vehemencia y la elocuencia que nos presta la primera impresión de un espectáculo semejante. Tuvo un gran éxito, pues la buena y santa señora de la Chanterie lloró, á pesar de lo acostumbrada que se hallaba á penetrar en los mayores dolores.

—Ha hecho usted bien en enviarle el acordeón, le dijo.

—Quisiera hacer mucho más, respondió Godofredo, puesto que esta familia es la primera que me ha hecho conocer los placeres de la caridad. Deseo procurar á ese sublime anciano la mayor parte de los beneficios de la obra que tiene escrita. No sé si tiene usted bastante confianza en mi capacidad para permitirme que lleve á cabo semejante empresa. Según los informes que acabo de tomar, se necesitarían unos nueve mil francos para tirar mil quinientos ejemplares de ese libro, cuyo valor mínimo sería entonces de veinticuatro mil francos. Como tenemos antes que pagar los tres mil y tantos francos en que está empeñado el libro, es preciso arriesgar doce mil. ¡Ah! señora, si

supiera usted los amargos remordimientos que he tenido, viniendo del muelle de los Agustinos aquí, por haber disipado tan locamente mi pequeña fortuna! El espíritu de la caridad parece que se me ha aparecido y me ha inflamado con el ardor del iniciado. Quiero renunciar al mundo, quiero abrazar la vida de esos señores, y seré digno de ustedes. Hace ya días que bendigo á la casualidad que me trajo aquí. Les obedeceré á ustedes en todo hasta que me juzguen digno de ser de los suyos.

—Pues bien, respondió gravemente la señora de la Chanterie, después de haber reflexionado, escúcheme, porque tengo grandes cosas que revelarle. Hijo mío, usted ha sido seducido por la poesía de la desgracia; sí, muchas veces la desgracia tiene poesía, pues para mí la poesía es un cierto efecto del sentimiento, y el dolor es un sentimiento. ¡Se vive tanto por el dolor!...

—Sí, señora, he sido cogido por el demonio de la curiosidad... ¡Qué quiere usted! aun no estoy acostumbrado á penetrar en el corazón de las existencias desgraciadas, y no voy con la tranquilidad conquie van vuestros tres piadosos soldados del señor. Pero sépalo usted bien, cuando me propuse entregarme á usted por completo, fué después de pasado ese momento de entusiasmo.

—Escuche usted, ángel querido, dijo la señora de la Chanterie, pronunciando estas dos palabras con una suave santidad que conmovió profundamente á Godofredo. Existe una cosa que nos hemos prohibido, y cuando aquí se ha prohibido una cosa es de una manera irrevocable, y ni siquiera ocupa nuestro pensamiento. Ahora bien; nos hemos prohibido hacer ninguna clase de especulaciones. Imprimir un libro para venderlo y esperar sus beneficios es un negocio, y las operaciones de ese género nos sumirían en todas las dificultades del comercio. A decir verdad, eso me parece muy factible y hasta necesario. ¿Cree usted

que es el primer caso que se presenta? Veinte veces, cien veces, se nos han presentado medios de salvar de ese modo á personas y familias. Pero ¿qué seríamos nosotros dedicándonos á asuntos de ese género? Negociantes. Comanditar la desgracia, no es trabajar uno mismo, es ponerla en disposición de trabajar. Dentro de algunos días encontrará usted miserias más terribles que esa. ¿Haría usted lo mismo que quiere hacer ahora? ¡Pues vaya un trabajo que se echaba encima! Piense usted, hijo mío, que hace ya un año que los señores Mongenod nos dicen que no pueden encargarse de nuestra contabilidad. Tendrá usted que invertir la mitad del tiempo en la teneduría de nuestros libros. Tenemos hoy cerca de dos mil deudores en París, y al menos es necesario que sepamos lo que nos deben aquellos que han de poder devolvérselo. No pedimos nunca, esperamos. Calculamos siempre que la mitad del dinero que se da se pierde. La otra mitad nos la dan á veces duplicada... Por ejemplo, suponga usted que ese magistrado muere, y ahí tiene usted ya doce mil francos aventurados. Pero que se cure su hija, y que su nieto llegue á ser un día magistrado, y, si tiene honor, se acordará de la deuda y nos devolverá con creces el dinero de los pobres. Sepa usted que más de una familia sacada de la miseria y puesta por nosotros en el camino de la fortuna, mediante préstamos sin interés, han dado su parte para los pobres y nos han devuelto sumas dobles y á veces triples... Estas son nuestras únicas especulaciones. En primer lugar, respecto á eso que le preocupa á usted con razón, piense usted que la venta de la obra de ese magistrado depende de la bondad de la misma: ¿la ha leído usted? Además, aunque el libro sea excelente, ¡cuántos libros excelentes han permanecido uno, dos y tres años sin haber obtenido el éxito que merecían! ¡Cuántas coronas se han puesto sobre tumbas! Yo sé que los libreros tienen maneras de tratar y de realizar que hacen que su comercio

sea el más aventurado y el más difícil de entender de todos los comercios parisienses. Don Nicolás le hablará á usted de las dificultades inherentes á la naturaleza de los libros. Ya ve usted que somos razonables y que tenemos la experiencia de todas las miserias y de todos los comercios, porque estudiamos á París hace ya mucho tiempo... Los Mongenod nos ayudan, ellos son nuestro faro en muchas cosas, y por ellos sabemos que el Banco de Francia tiene poca confianza en el comercio de librería, pues aunque es uno de los más hermosos, se hace mal. Respecto á los tres ó cuatro mil francos para salvar á esa familia de la indigencia, pues es preciso que ese pobre niño y su abuelo se alimenten y puedan vestirse convenientemente, voy á dárselos á usted en seguida. Existen sufrimientos, miserias y llagas que aliviarnos inmediatamente, sin titubear y sin tratar de saber á quién socorremos; religión, honor, carácter, todo nos es indiferente; pero cuando se trata de prestar el dinero de los pobres para ayudar á la desgracia bajo la forma de la industria ó del comercio, ¡oh! entonces buscamos garantías con el mismo cuidado que si fuéramos usureros. Limite usted, pues, su entusiasmo á buscarle á ese anciano un librero que sea lo más honrado posible. Esto es cosa de don Nicolás, que conoce abogados, profesores y autores de libros de jurisprudencia, y que seguramente podrá darle á usted un buen consejo el domingo próximo. Esté usted tranquilo, pues si es posible, se resolverá esa dificultad. Sin embargo, acaso sería conveniente que don Nicolás leyese la obra de ese magistrado. Si eso es posible, tráigala usted...

Godofredo quedó admirado del buen sentido de aquella mujer, á la que sólo creía animada por el espíritu de caridad. Y doblando una rodilla en tierra, besó una de sus hermosas manos y le dijo:

—¿De modo que también es usted de la razón de la empresa?

—En nuestro estado es preciso serlo todo, repuso con esa alegría propia de las verdaderas santas.

Hubo un momento de silencio que fué interrumpido por Godofredo, que exclamó:

—¿Ha dicho usted dos mil deudores, señora? ¡Dos mil cuentas! repitió. ¡Pero esto es inmenso!

—¡Oh! dos mil cuentas que pueden dar lugar á restituciones basadas, como acabo de decirle á usted, en la delicadeza de nuestros protegidos, pues tenemos otras tres mil familias que no nos darán nunca más que las gracias. Por eso, repito, sentimos la necesidad de llevar libros, y si tiene usted una discreción á toda prueba, usted será nuestro oráculo financiero. Estamos obligados á tener un diario, un libro mayor, cuentas corrientes y un libro de caja. Tenemos también notas, pero se pierde mucho tiempo cuando se tiene que buscar algo... Ya están aquí estos señores, repuso.

Godofredo, grave y pensativo, tomó al principio muy poca parte en la conversación, pues estaba aturdido por la revelación que la señora de la Chanterie acababa de hacerle con un tono que probaba que quería recompensarle por su ardor.

—¡Dos mil familias agradecidas! se decía; pero si cuestan tanto como nos va á costar el señor Bernard, veo que tenemos infinidad de millones sembrados en París.

Este sentimiento fué uno de los últimos mundanos que se extinguió insensiblemente en Godofredo. Reflexionando comprendió que las fortunas reunidas de la señora de la Chanterie, del señor Alain, de don Nicolás, de don José y la del juez Popinot, y las donaciones recogidas por el abate Veze y los socorros prestados por la casa Mongenod, habían tenido que producir un capital considerable, y que, en doce ó quince años, aquel capital, acrecentado por aquellos socorridos que se mostraban agradecidos, tenía que haber crecido como la bola de nieve, ya que aquellas

caritativas personas no distraían ni un céntimo de sus fondos. Poco á poco iba viendo claro en aquella inmensa obra, y su deseo de cooperar en ella aumentó. A eso de las nueve, quiso volver á pie al boulevard de Mont-Parnasse; pero la señora de la Chanterie, temiendo á la soledad del barrio, le obligó á tomar un cabriolé. Al bajar del coche, aunque las ventanas de la casa estaban cuidadosamente cerradas, Godofredo oyó los sonidos del instrumento, y cuando llegó al descansillo, Augusto, que sin duda acechaba la llegada de Godofredo, entreabrió la puerta de su habitación y le dijo:

—Mamá desea verle, y mi abuelo tiene el gusto de ofrecer á usted una taza de te.

Al entrar, Godofredo encontró á la enferma transfigurada por el placer de tocar la música, y su rostro y especialmente sus ojos, expresaban su alegría.

—Hubiese debido esperar á usted para que pudiera gozar de los primeros acordes; pero me arrojé sobre este órgano como se arroja un hambriento sobre un pedazo de carne. Usted tiene un alma capaz de comprenderme, y por lo tanto espero que estaré perdonada.

Y Vanda hizo una seña á su hijo, que fué á comprimir el pedal que hacía respirar al fuelle del instrumento, y con los ojos fijos en el cielo, como Santa Cecilia, la enferma, cuyos dedos habían recobrado momentáneamente fuerza y agilidad, repitió unas variaciones sobre la oración de Moisés, que su hijo había ido á comprarle y que ella había compuesto en pocas horas. Godofredo reconoció en ella un talento idéntico al de Chopin. Era un alma que se manifestaba por medio de sonidos divinos, en los que dominaba una suavidad melancólica. El señor Bernard había saludado á Godofredo con una mirada que expresaba un sentimiento que no había experimentado hacia ya mucho tiempo. Si las lágrimas no hubiesen quedado agotadas para siempre en aquel anciano di-

secado por tan crudos dolores, sus ojos hubiesen estado humedecidos por las lágrimas.

Esto se adivinaba. El señor Bernard jugaba con su tabaquera, contemplando á su hija con indecible éxtasis.

—Señora, dijo Godofredo cuando la música hubo cesado, su suerte quedará decidida, pues le traigo á usted una buena noticia. El célebre Halpersohn vendrá mañana á las tres. Me ha prometido decir la verdad, le dijo al oído al señor Bernard.

El anciano se levantó, cogió á Godofredo por la mano, se lo llevó á un rincón del cuarto al lado de la chimenea, y, temblando, le dijo al oído:

—¡Ah! ¡qué noche voy á pasar! ¡Eso es para mí una sentencia definitiva! ¡Mi hija será curada ó condenada!

—¡Valor! respondió Godofredo, y venga usted á mi habitación después del te.

—Cesa, cesa, hija mía, dijo el anciano, porque puedes provocar una crisis. A ese desarrollo de fuerzas sucederá el abatimiento.

Mandó á Augusto que le quitase el instrumento, y presentó á su hija la taza de te que le estaba destinada, con todo el mimo de una nodriza que quiere distraer la impaciencia de la criatura.

—¿Cómo es ese médico? preguntó distraída ya con la perspectiva de ver un nuevo sér.

Vanda, como todos los prisioneros, estaba devorada por la curiosidad. Cuando los demás fenómenos físicos de su enfermedad cesaban, parecían trasladarse á la parte moral, y entonces concebía extraños caprichos y violentas fantasías. Quería ver á Rossini, y lloraba porque su padre, á quien ella creía omnipotente, se negaba á llevárselo.

Godofredo hizo entonces una minuciosa descripción del médico judío y de su despacho á la enferma, que ignoraba los pasos que había dado ya su padre. El señor Bernard temía tanto hacer nacer en su hija es-